

CAPÍTULO 2

Goya, un pintor muy importante



Goya trabajaba en su estudio. Era un hombre alto y gordo, de cara redonda y brazos ágiles. Su estudio era una habitación enorme, de techos altos. Estaba llena de retratos, pinturas y pinceles. En el suelo había un perro viejo, que era el amigo fiel del pintor. Goya estaba pintando un retrato enorme. Era de Inés, una chica muy guapa y alegre. Inés posaba para el pintor.

Inés miró hacia la pared. Allí había un retrato de un hombre. Un hombre sin cara.

—¿Porqué ese hombre no tiene cara? —preguntó Inés.

Goya miró hacia el retrato.

—Porque es un fantasma —respondió el pintor.

—¿Un fantasma? —preguntó Inés con curiosidad.

Goya sonrió. Al pintor le gustaba hacer bromas con Inés, ella era una chica inocente y joven a la que le gustaba reír.

—¿Has visto alguna vez un fantasma? —preguntó Goya.

—No —respondió Inés —pero un día vi a una bruja. Era una mujer fea y horrible y olía mal.

Goya sonrió.

—¡Qué interesante! —dijo—. La bruja que yo conozco huele bien, es joven y guapa... y estoy pintando su retrato ahora mismo.

—¡Ja, ja, ja! —se rieron los dos.



Más tarde, Goya seguía en su estudio. Todavía pintaba. Era un hombre que trabajaba mucho, día y noche. A menudo, sobre todo cuando tenía que acabar una pintura, no dormía en toda la noche. Ahora tenía otro modelo. Era el padre Lorenzo. Goya pintaba rápido y en silencio. El padre Lorenzo, de vez en cuando, miraba a su alrededor. Miraba los retratos de otras personas.

—¿Puedo hablar? —preguntó el padre Lorenzo.

—Claro, padre —respondió Goya con una sonrisa.

El padre Lorenzo señaló el retrato de Inés.

—La chica de ese retrato —dijo—, es muy guapa.

—Sí. Sí lo es —dijo Goya.

—¿Se enamoran los artistas de sus modelos?

—preguntó de nuevo el padre Lorenzo.

Goya se sorprendió. Sonrió. Pero sabía que hablar con un sacerdote de estas cosas podía ser peligroso. El padre Lorenzo era una persona muy importante en la Inquisición. Goya no contestó. Dijo: —¿Quiere que se vean sus manos en el retrato?

—¿Es eso importante? —preguntó el padre Lorenzo.

—Bueno —dijo Goya—, las manos son difíciles de pintar. Una mano cuesta 2000 reales*, dos manos cuestan 3000.

El padre Lorenzo escondió las manos bajo su ropa. Luego señaló las pinturas de la habitación.

* Real: moneda antigua que se usaba en España..

—Pinta usted retratos muy bonitos —dijo.
—Muchas gracias —dijo Goya.
—Pero también pinta dibujos horribles, ¿no?
—preguntó el sacerdote.
Los hombres se miraron. Goya siguió pintando.
—¿Sabe usted que tiene enemigos con mucho poder?
—dijo el padre Lorenzo.
Goya sonrió.
—También tengo amigos con mucho poder —dijo.
Los dos hombres sonrieron.
Goya hablaba del rey Carlos IV y de la reina María Luisa. Él era el pintor oficial de los reyes y pasaba mucho tiempo con ellos.



Inés cumplía dieciocho años. Para celebrarlo fue con sus hermanos mayores, Ángel y Álvaro, y unos amigos a una taberna. Era un lugar alegre, con mucha gente y mucha comida. Había bailarinas y música. La gente hablaba, se reía, jugaba a las cartas. A un lado de la sala, había una gran chimenea. Allí se preparaba la comida: conejo, cerdo, aves, verduras... Los camareros iban y venían rápidamente. A otro lado de la sala había unos hombres muy serios. Los hombres eran mayores y vestían de negro.



También tomaban notas: trabajaban para la Inquisición.

La mesa de Inés era la más alegre. Los jóvenes comían y se reían. Dos camareros les sirvieron más comida. A Inés le mostraron un plato enorme con un pequeño cerdo. El cerdo brillaba bajo la luz.

—¡Qué asco! —dijo Inés— ¡La carne de cerdo no me gusta!

Los demás jóvenes se rieron.

A lo lejos, los hombres vestidos de negro tomaban notas. Uno de ellos preguntó a la camarera: —¿Quién es aquella chica?

—Inés Bilbatúa —respondió la camarera.

Al día siguiente, un mensajero llevó una carta a la casa de la familia Bilbatúa. El señor Bilbatúa la abrió y la leyó. Era una invitación para Inés, su hija. La Inquisición quería hablar con ella.

—¡Inés! ¡Ven aquí! —llamó el señor Bilbatúa a su hija.

Tomás Bilbatúa era un señor elegante, de pelo gris y muy rico. Era un comerciante y amaba a su mujer, María Isabel, y a sus tres hijos.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Inés.



—Esto es una carta para ti. Es de la Inquisición. Quieren hablar contigo.

Los hermanos y la madre de Inés se acercaron.

—¿Conmigo? —preguntó Inés.

—¿Qué hiciste ayer? —dijo su padre.

—Celebré mi cumpleaños en la taberna, con mis hermanos.

Sus hermanos dijeron que sí con la cabeza.

—¿Dijiste algo prohibido?

—No.

—¿Hiciste algo prohibido?

—No.

—¿Pasó algo?

—No —respondió de nuevo Inés.

Los padres y los hermanos de Inés miraron al suelo, preocupados.



Más tarde, Tomás Bilbatúa y su hija llegaron al Santo Oficio en su bonito carruaje negro. Inés llevaba un vestido precioso y muy caro, de color morado y mangas elegantes. También llevaba guantes grises y unos zapatos negros de piel. Su padre la tomó de la mano. Le dio la carta de la Inquisición y llamó a la puerta.

En la puerta se abrió una ventana pequeña. A través de ella, se vio la cara de un hombre. Inés mostró la carta. La ventanilla se cerró de pronto. La enorme y pesada puerta de madera se abrió. Inés miró a su padre. Padre e hija se dieron un beso.

—Te quiero —dijo Inés al despedirse. Luego entró en el edificio de piedra. La puerta se cerró tras ella con un golpe fuerte.